

LECCION IV.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Continúa la descripción de nuestras iglesias.—Cirios.—Capillas laterales.—Pinturas.—Adornos.—Campana.—Su bautismo.—Por qué tocan en las tempesades.—Armonía de las campanas con nuestros sentimientos.

Sigamos explicando los recuerdos de las Catacumbas, vivos aun en nuestras iglesias. No comprenderlos sería una desgracia y una vergüenza á la vez: una desgracia, puesto que las cosas mas propias para penetrar nuestra alma de un religioso respeto y robustecer nuestra fe, poniendo á nuestra vista las costumbres, las virtudes y las persecuciones de nuestros padres, serian para nosotros cómo si no existiesen, y en vez de sentirnos sobrecogidos de un religioso estremecimiento al franquear el dintel sagrado entraríamos en nuestras iglesias como en un edificio ordinario. Una vergüenza, sí; pues vergüenza es para el hijo no comprender ni los detalles ni la disposición de la casa paterna, no poder ni justificar la sabiduría de sus abuelos, ni la distribución del edificio que ha heredado, ni dar cuenta de los usos que aquella estableciera y que él mismo practica sin saber por qué. Pero, ¡qué digo! no los practicaré mucho tiempo, pues el libro escrito en un idioma desconocido es muy pronto abandonado en otras manos, ó arrojado á un oscuro rincón, para que lo consuman el polvo y los gusanos, sin que jamás volvamos á reparar sus hojas. Esta es una de las razones por que nuestras iglesias han quedado desiertas, convirtiéndose nuestras ceremonias en un espectáculo mudo, insípido, ridículo quizás á los ojos de muchos.

Ahora bien, despues de haber hablado en la leccion anterior de la cripta, del altar y de la balaustrada, falta explicar el por qué de los cirios, de las capillas laterales y de las pinturas que adornan nuestras iglesias, nuevos recuerdos tambien de las Catacumbas.

1.º Los *cirios*. Obligados nuestros padres á evitar la luz del sol, supliánla, en los subterráneos que les sirvieron durante tanto tiempo de asilo y de templo, por medio de lámparas y antorchas; en las

Catacumbas se ven aun miles de lámparas, colocadas de dos distintas maneras, que indudablemente corresponderian á dos objetos diferentes. Las primeras están dentro de pequeños nichos, ó fijas sobre pequeñas repisas á lo largo de los corredores, ó suspendidas, por medio de cadenas, de las bóvedas de las capillas; todo induce á creer que servirian para guiar los pasos de los fieles y para alumbrar las ceremonias religiosas que se practicaban en los subterráneos. Las segundas están fijas en el exterior de los sepulcros sobre los cuales se celebraban los santos misterios, ó depositadas en el interior de las sepulturas como un símbolo de inmortalidad, intencion que no puede ser puesta en duda, pues que deriva del uso seguido en los funerales cristianos¹. Semejante uso de las lámparas se ha conservado entre nosotros, si bien bajo otra forma, como es la de los cirios encendidos durante la ceremonia de los funerales.

Las lámparas de la primera y segunda clase son por lo regular de tierra cocida y algunas de bronce; tambien se han encontrado de plata y aun de ámbar; su forma es la de un buque, pues en tiempo de nuestros padres la nave era uno de los símbolos mas populares de la Iglesia. Como á ejemplo citarémos únicamente una hermosa lámpara hallada recientemente en las Catacumbas; trabajada en forma de nave tiene dentro á dos personas, á san Pedro sentado en el timon, y á san Pablo en pié en la proa predicando el Evangelio. La mayor parte de aquellas lámparas están adornadas con figuras simbólicas, como palmas, coronas, corderos, palomas, peces y candelabros, si bien lo mas frecuente es la cifra de nuestro Señor; y de aquí nació la costumbre de grabar en el pié de nuestros candeleros de altar los atributos, la cifra ó la figura de nuestro Señor y de la santa Trinidad.

La vista de nuestros cirios que nos traslada á una época anterior á la nuestra de diez y ocho siglos, al tiempo de las persecuciones, á la cuna del Cristianismo, ¿nada dirá á nuestro corazón? ¿Qué decimos? Su vista nos traslada á tiempos mucho mas antiguos, pues el uso de las antorchas y candelabros como parte del culto divino data ya del tiempo de la ley mosaica. Heredera de todas las inmortales ceremonias de la Sinagoga, lo mismo que del dogma y de la moral reveladas desde el origen del mundo, la Iglesia *católica* ha

¹ Este uso está atestiguado por san Jerónimo: *Cum alii cereos lampadesque, alii choros psallentium ducerent.* (Véase Bottari, t. III, pág. 67 y 68).

conservado á las generaciones todas la historia siempre presente del pasado ¹.

Las lámparas servían no solo para disipar las tinieblas, si que también para manifestar la alegría y gratitud por los beneficios de Dios, siendo, como figura de nuestro Señor, la verdadera luz del mundo. «Jamás celebramos los santos misterios, dice un autor antiguo, sin emplear las luces, y no con objeto de desvanecer las tinieblas de la noche, puesto que decimos la misa de día, sino para «figurar al que es la luz increada, sin la cual andariamos á tientas «aun á las doce del día ².»

2.º Las *capillas laterales* son otro recuerdo de las Catacumbas. Hemos visto que en el fondo ó casi en el fondo de aquellos subterráneos habia el sepulcro de un Mártir que servía de altar para el santo sacrificio, y ahora diremos que las paredes laterales de las cuevas estaban cubiertas de pequeños nichos ³ conteniendo el cuerpo de uno ó de muchos Mártires; este es el origen cierto y aquella la forma primitiva de las capillas de nuestras iglesias cristianas, semejantes á otros tantos nichos con su bóveda cimbrada y con las reliquias de su Mártir. En efecto, es indudable que la distribución de tales capillas extrañas al plan de los templos antiguos solo pudo ser tomada de las Catacumbas cuando la Iglesia, segura ya de su victoria, trasladaba á sus templos los monumentos de sus persecuciones, colocándolos de modo que por su forma y disposición primitiva perpetuasen los eficaces recuerdos de aquellos tiempos de prueba y de miseria en que los cementerios servían de iglesias, en que los sepulcros servían de altares, y en que la sangre de los Mártires, según la feliz expresión de Tertuliano, era la semilla de nuevos cristianos ⁴.

¹ Acerca de las lámparas, pinturas, etc., véase nuestra *Historia de las Catacumbas*.

² Microlog. c. 11.

³ Loculli.

⁴ La necesidad de perpetuar el recuerdo de las Catacumbas ha sido tal, que los arquitectos antes que sacrificarla han preferido faltar á las reglas de su arte en la construcción de nuestras iglesias. La multiplicación de las pequeñas capillas laterales en el seno de las iglesias cristianas, en razón de las *confesiones particulares* ó *memorias de los Mártires*, cuyo culto se asociaba al del Santo principal ó patron, dice Mr. Raoul Rochette, es un inconveniente para la arquitectura. Semejante *costumbre*, nacida con la misma Iglesia en el seno de las Catacumbas, tuvo una influencia más decisiva en la disposición general de las basílicas cristianas que ninguna de las circunstancias provenientes del mismo

Por esta misma razón las iglesias antiguas son bastante oscuras, pues al mismo tiempo que su luz sombría favorece el recogimiento, recuerda las misteriosas tinieblas de las Catacumbas: y ahora, ¿nada dirán á nuestro corazón al hallarnos en la iglesia, ni aquellos sepulcros, ni los Mártires que no rodean? ¿Podrá la iglesia ser todavía para nosotros un lugar profano, indiferente y mudo?

3.º Las *pinturas*. Los cuadros, las imágenes son como libros eloquentes; cuanto vemos por nuestros ojos hace en nosotros más viva impresión que las palabras, como lo prueba la experiencia de todos los pueblos y de todos los países. Esto movió á los primeros cristianos á pintar escenas en armonía con su penosa situación, y el Antiguo y Nuevo Testamento, los combates de sus hermanos muertos por la fe fueron para ellos una fecunda mina de la cual sacaron todo el partido que debía esperarse de hombres pobres y sepultados en oscuros subterráneos; sin embargo, ¡cuán venerables son aquellos primeros bocetos del arte cristiano al pensar en la mano que los trazó, en los lugares y en las circunstancias en que fueron ejecutados!

Los principales asuntos que se ven aun en las paredes de nuestras iglesias subterráneas son, del Antiguo Testamento, la historia de *Jonás*; *Moisés* tocando con su vara la roca de Oreb; el mismo *Legislador* recibiendo las tablas de la Ley; *Noé* en el arca; el sacrificio de *Abraham*; *Adán y Eva*; los tres *Niños* en el horno; *Daniel* en la cueva de los leones; *Elias* subiendo al cielo; *David* con la honda en la mano; *Job* sentado en el suelo; *Tobías* con el pez. Entre estas escenas la de *Jonás* es la repetida más frecuentemente, como si hubiese sido para nuestros padres la de mayor interés, sin duda porque presenta la imagen sensible de la resurrección bajo una forma altamente maravillosa.

Las del Nuevo Testamento son: el *Salvador* sobre las rodillas de la santísima *Virgen* recibiendo los presentes de los tres *Magos*; *sen-*

genio del culto. Para tantas *memorias de Mártires*, cuyo número aumentó insensiblemente excediendo á toda medida, á toda proporción con el mismo templo, fué preciso abrir en las naves laterales capillas particulares que fueron otros tantos monumentos independientes en el seno del monumento principal, y si así puede decirse, otras tantas basílicas construidas en las basílicas. Esto causó en la fábrica una frecuente interrupción de la línea recta, la que no solo es el principal mérito de las obras de arquitectura, sino también el principal elemento de las grandes impresiones que producen. (*Cuadro de las Catacumbas*, pág. 91).

tado en medio de los doctores; *sentado* entre sus discípulos, ó con los doce Apóstoles, ó entre san Pedro y san Pablo; *multiplicando* los panes; *curando* al paralítico; *volviendo* la vista al ciego; *resucitando* á Lázaro; representado como *buen Pastor*. El asunto de tales cuadros da lugar á una consecuencia por cierto bien notable.

Las Catacumbas, destinadas para sepultura de los primeros cristianos, pobladas de Mártires, adornadas en épocas de persecucion, y bajo el imperio de ideas tristes y de penosos deberes, solo ofrecen por todas partes rasgos heróicos, en todo lo que constituye la *parte histórica* de sus pinturas; sus héroes son los Patriarcas y los Profetas, Abrahan, Moisés, Jonás, David, y sus imágenes sirven de ejemplo á los Mártires y de consuelo á los oprimidos; de modo que ningun suceso, ningun personaje del dominio de la triste realidad y del tiempo presente distraia á los fieles del cumplimiento de sus poderosos deberes, y que así la víspera como el dia siguiente de las persecuciones sin cesar renacientes se alentaban á perseverar en la fe solo con la vista de *Daniel lanzado á los leones* ó de *los tres Niños en el horno*, pero no con la contemplacion de los cristianos como ellos entregados á las llamas ó á los animales del circo.

No es menos notable la *parte decorativa* de tales pinturas; vense únicamente escenas tiernas y graciosas, como son imágenes del *buen Pastor*, representaciones de la *vendimia*, de la *vida pastoril*, de los *agapes*, *cristianos en oracion*, *palmas*, *coronas*, *corderos*, *ciervos*, *palomas*, en una palabra, cuadros alegres, inocentes y de caridad ¹.

Tales son las pinturas de las Catacumbas, pinturas generalmente tan puras y graciosas por su asunto é intencion, que al verlas diríase que el Evangelio, que tan humano é indulgente se muestra en todas ellas, jamás encontró enemigos ni adversarios; en ellas el martirio se reconoce únicamente en la oracion, y el Cristianismo se revela solo por símbolos de paz, de inocencia y de caridad.

En los tiempos posteriores, cuando los Mártires pertenecieron á la historia, sus combates y sus triunfos fueron reproducidos por nuestros pintores sagrados, lo mismo que las memorables acciones de los Mártires *de la paz*, es decir, de aquellos Santos cuya vida consagrada á la penitencia, al bien de sus hermanos y á la predicacion del Evangelio, fué un prolongado sacrificio de la carne y de sus apetitos. Tales son los modelos que la Iglesia ofrece en el dia al respeto

¹ Cuadro de las Catacumbas, pág. 185.

y á la imitacion de sus hijos, costumbre que data de la mas remota antigüedad ¹.

Despues de admirar el genio del Cristianismo en las pinturas de las Catacumbas, debemos admirarle otra vez mas al contemplar las pinturas de nuestras iglesias. Al colocar en el sagrado recinto cuadros de los Santos, la Iglesia católica recuerda á sus hijos la sublime y tierna comunión que existe entre ellos y los bienaventurados habitantes de la Jerusalem celeste; nos muestra á los Santos como presentes á las oraciones de la tierra; los constituye en primeros protectores de los pueblos que edificaron con sus virtudes, y los considera como interesados en el reinado de la justicia y de la paz entre los hombres.

Hasta la aparicion del Evangelio todos los pueblos reservaron sus homenajes para los héroes de la patria; mas en el culto católico, el hombre verdaderamente justo es honrado á un mismo tiempo por todas las naciones. En nuestros altares la virtud no tiene mas que una patria, es independiente de las leyes, de las costumbres, de los usos; las diferencias de nacion, de fortuna, de nacimiento ó de talento quedan olvidadas; el anacoreta de la Tebaida, el pontífice romano, el emperador y el simple pastor, el anciano de cien años y la tierna vírgen adolescente apenas, están en la misma línea; en ellos están representados todas las edades, todos los países, todas las condiciones, y en esa galería de familia, la virtud es lo que debe ser, el patrimonio del universo, y el ejemplo del justo es provechoso para todo el género humano.

La Iglesia nos dice: *Soy católica*, mias son las verdaderas virtudes de todas las edades, pues yo soy quien las he inspirado; y nos lo dice no solo por medio de la reunion de todos los Santos, sino tambien por los adornos que emplea en la decoracion de sus templos.

Soy católica, nos repite por medio de tantas inanimadas criaturas, vides, pámpanos, espigas, frutos, árboles y flores como adornan las paredes del santo templo; allí la poderosa mano de la Iglesia católica ha reunido todas las partes de la creacion para que alaben á Dios á su manera.

Soy católica, nos repite por medio de la infinita variedad de extrañas figuras de divinidades gentiles que se observan en nuestras

¹ S. Greg. Nyss. *Orat. de Laudib. Theodor. et S. Paulin. Nol. Natal. 1.º de Ornat. eccl.*; S. Greg. lib. XI, *epist. IX*, et S. Greg. Naz. *epist. XLIX*.

antiguas basílicas; por todas partes aparecen vencidos los ídolos paganos; aquí, sostienen pesadas masas de piedra sobre sus doloridas espaldas; allí, bajo la forma de asquerosos animales, sirven de canales para la lluvia. También los vicios ocupan un lugar en sus templos, y por su aspecto horrible excitan la risa ó el disgusto de quien los mira. El Cristianismo se muestra como un vencedor que arrastra en pos de su carro á sus enemigos humillados, y que perpetúa de generacion en generacion la memoria de su triunfo. Después de haber inundado el mundo de sangre cristiana, Diocleciano y Maximiano elevaron hace mil y quinientos años dos columnas de mármol para inmortalizar la pretendida victoria del Gentilismo sobre el Cristianismo; Diocleciano y Maximiano ya no existen; sus columnas han venido al suelo, y el Cristianismo permanece en pié; los dioses gentiles le sirven de escabel, y sus templos, monumentos de su victoria, tienen ya mayor duracion que el imperio de los Césares.

Soy católica, soy inmortal; mio es el imperio de los siglos, el monopolio de las verdaderas virtudes; mia es la victoria sobre el Gentilismo; hé aquí lo que nos dice la Iglesia por las pinturas y adornos de sus templos: tan admirables edificios á los que deben añadirse aquellas piedras tan delicadamente labradas, aquellas blondas de mármol, aquellos hermosos calados, aquellos ventanales donde la perfeccion del arte compite con la variedad de las pinturas, con la solidez y con la suavidad de los colores; aquellos graciosos capiteles, aquellas agujas que se elevan hácia el cielo; aquellos innumerables portentos en que la fe, el genio de la adoracion, de la oracion y del amor parecen decir á Dios: *He hecho cuanto me ha sido dable para honraros; si no lo he hecho mejor, no es culpa mia*; todas estas cosas, decidme, ¿no podrán inspirar á vuestra alma un sentimiento de fe, y á vuestro corazon transportes de amor y de admiracion? ¡Ah! si así es, nada mas tengo que deciros, me contento con compadeceros como compadecemos á un ciego, á un sordo, á un paralítico, á un cadáver.

Abandonemos solo por un momento la Iglesia, á la que en breve nos llamarán de nuevo augustas ceremonias, y hablemos de las campanas.

4.º Las campanas. El uso de las campanas es muy antiguo en la Iglesia, pues data indudablemente de antes del siglo viii. ¿Quién fué el inventor de las campanas? Muchos opinan por el papa Sabi-

niano sucesor de san Gregorio el Magno ¹, y se cree que las primeras campanas fueron fundidas en Campania, provincia de Italia, razon por la cual recibieron el nombre de *campanæ*, para distinguirlas de las campanillas ó cascabeles conocidos desde mucho tiempo ². Durante los tres primeros siglos, los cristianos, obligados á ocultarse para huir de la persecucion, no tenian señal alguna pública para llamarse á los divinos oficios, siendo probable que se advirtiesen mutuamente y en secreto, ó que se anunciase públicamente en las asambleas el dia y la hora de la reunion siguiente. Dada la paz á la Iglesia por Constantino, y construidas vastas basílicas, es claro que debió haber una señal pública para convocar á los fieles, y se cree que consistia en el eco producido por unas planchas de metal muy delgadas al pegarse en ellas con una maceta, ó en el ruido de unas enormes matracas, mucho mayores que las que se usan en el dia durante los tres dias de Semana Santa.

En ciertos monasterios servianse de trompetas, en otros anunciábase el oficio con un canto de *Alleluia* ³, hasta que el uso de las campanas se hizo general en Occidente, extendiéndose insensiblemente al Oriente. Inventadas las campanas, fué preciso construir elevadas torres para su colocacion, á fin de que sus sonidos se oyesen de mas léjos; en el remate de la mayor parte de las torres colocóse una pirámide terminada en un globo; sobre éste elevábase una cruz, y al extremo de ésta veíase un gallo, emblema popular que indica el uso

¹ Polib. Virg. *Lib. de Inventorib. rerum*. Id Onuphr. *epist. Summ. Pontif.*

² *Cloche* (campana) proviene del aleman *clocke* ó *glocke*, palabra que parece ya expresar el sonido del instrumento. Las campanillas ó cascabeles no servian para llamar al pueblo á la oracion; con cuyo motivo el grave cardenal Bona refiere, copiándolo de Estrabon, una graciosa anécdota. Un tocador de laud llegó á una isla de Grecia deseoso de mostrar su talento; todo el pueblo reunióse al momento al rededor del ambulante artista y preparóse para escucharle; mas apenas hubo sacado dos ó tres sonidos de su instrumento cuando oyóse el retintín de una campanilla; al oirlo la multitud dispersóse apresuradamente, quedando al pobre músico un solo oyente algo duro de oido. «Os felicito y os doy gracias, le dijo el artista, por haber sido vos el único que se quedase escuchándome; pero decidme ¿por qué en vuestro país huye toda la gente al oír el sonido de una campanilla? — ¿Ha sonado la campanilla? repuso el «sordo.—Sí.—Pues entonces, adios;» y emprendió una desafortada carrera gritando al músico estupefacto: «Se abre la venta del pescado ¹.»

³ Durantus, *De Ritib. Eccl. cathol.* lib. I, c. 21.

⁴ *Rer. liturg.* lib. I, c. 22, pág. 192.

de las campanas en la Iglesia; á los pastores les recuerda la vigilancia, y á los fieles el celo por la oracion y el ardor por el trabajo¹, así como la cruz, colocada en el globo de la pirámide, anuncia al cielo y á la tierra la victoria de Jesucristo contra el mundo.

Como todo lo que sirve para su culto, la Iglesia bendice las campanas, cuya bendicion se llama bautismo; no porque crea á las campanas susceptibles de una virtud interior ni de una verdadera santidad, sino con intención de separarlas del número de las cosas comunes, y demanifestar que una vez consagrada al servicio del Señor, no puede emplearse para otros usos, sin cierta profanacion. Además, la Iglesia quiere hacer misterioso y santo el instrumento y el sonido que deben convocar á los cristianos á cuanto hay mas santo debajo del cielo, es decir, á oír la palabra de Dios, á los oficios, á la asistencia y participacion en nuestros augustos misterios.

La campana es la trompeta de la Iglesia militante², y suena en todas las circunstancias notables de la vida; de aquí la variedad de oraciones y ceremonias con que es bendecida. La campana debe sonar en el Bautismo, y es purificada con agua bendita; debe sonar en todos los combates de nuestra vida desde el dia en que entramos en la sagrada liza por medio de la Confirmacion hasta el en que nos rendiremos en nuestro lecho de muerte, y por esto hácese en ella repetidas unciones con el santo crisma y el aceite de los débiles y enfermos; debe indicar el augusto sacrificio, y por esto es perfumada con incienso; debe recordarnos sin cesar á Jesucristo crucificado, autor y consumidor de nuestra fe, y hé aquí por qué durante la ceremonia se repite con tanta frecuencia el signo de la cruz. Dase á la campana el nombre de un Santo ó de una Santa, idea llena de encantos, pues nuestros padres creyeron que la piedad sería mas activa, mas gozosa, mas fiel suponiendo que nos llama á la iglesia un Santo ó una Santa³.

Bendecida ya la campana, el presbítero ó el obispo, el padrino y la madrina la hacen sonar dulcemente hasta tres veces, como para

¹ Bona, *Rer. liturg.* lib. I, c. 22.

Instantis quod signa canens, det Gallus Eoi,
Et revoceť famulas, ad nova pensa manus.

Alciatus, *Emblemate.*

² Concil. Colon. c. 14.

³ Bona, *id.*

confiarle su mision; cúbrenla con un lienzo blanco hasta que sea subida al campanario, á causa del respeto que se debe al santo crisma, y el oficiante, despues de hacer sobre ella la señal de la cruz, se retira á la sacristía.

En una de las oraciones de la bendicion, el sacerdote dice: «Ó Dios, que por medio de vuestro servidor Moisés mandásteis hacer trompetas de plata, á fin de que la dulzura de su sonido advirtiese al pueblo de que era llegada la hora del sacrificio y de prepararse para imploraros, haced que este vaso destinado para vuestra Iglesia sea santificado por vuestro Espíritu Santo, á fin de que al ser herido y al dar un sonido agradable al oido de vuestros pueblos, aumenten de dia en dia su fervor y su fe; que sean disipados los amagos de sus enemigos, los estragos del granizo, los huracanes, los torbellinos, y la violencia de las tempestades; que sean desviados los fueñestos efectos del rayo; detened con vuestra poderosa mano á los enemigos de nuestra salvacion, y haced que al oír esta campana tiemblen á la vista de la cruz de Jesucristo, á cuyo nombre todo se humilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos.»

Nuestros sabios y agudos filósofos se han burlado extraordinariamente de la sencillez de nuestros abuelos, los cuales tocaban las campanas para desviar las tempestades: tocar las campanas, dicen doctamente, es conmover la coluna de aire, es llamar el rayo. Efectivamente, quizás razoneis justamente, vosotros que no veis en el sonido de las campanas sino un sonido material; pero si véseis en él lo que nuestros padres veian, lo que ve la Iglesia católica, que lo sabe mejor que vosotros, es decir, una oracion, un grito de alarma, una súplica angustiada dirigida al Señor del rayo, puede que no fuéreis tan explícitos. Ahora bien, el sonido de la campana era una plegaria vocal, como lo indica la bendicion de la Iglesia citada anteriormente, y quien se burle de ella, se burla del mismo Dios, el cual nos dice expresamente que el rumor de los instrumentos, el eco de grandes voces y el sonido de las trompetas excitan su misericordia: *Haréis sonar réciamente las trompetas, y habrá memoria de vosotros delante del Señor Dios vuestro, para que seais sacados de las manos de vuestros enemigos*¹.

Si los progresos de las ciencias os permiten desviar el rayo sin recurrir á la oracion, dad gracias por ello al Dios de la sabiduría que

¹ Núm. x, 9; Durandus, lib. I, c. 22, n. 4.

os ha permitido reconquistar una parte del imperio del primer hombre sobre las criaturas; pero no os burleis de vuestros abuelos que recurrían á la oracion para conseguir igual objeto.

¿Qué diremos de las impresiones que produce el sonido de la campana en el hombre y en el cristiano? Su sonido tiene con nosotros muchas y secretas relaciones; ¡cuántas veces en medio de la calma de la noche el toque de una agonía, parecido á las raras pulsaciones de un corazon espirante, ha llenado de terror al culpable al ir á cometer un crimen! El sonido de las campanas despierta igualmente dulces sentimientos, y cuando antes del canto de la alondra oye-se al aparecer la aurora el agudo campaneó de nuestras aldeas, diríase que para despertar á los labradores el Ángel de los campos suspira en algun instrumento de los hebreos la historia de Séfora ó de Noemi. El repique de las campanas en medio de nuestras fiestas parece aumentar el público regocijo, convirtiéndose por el contrario en terrible en las grandes calamidades; todavía se erizan los cabellos al recuerdo de aquellos dias de fuego y de sangre, en que resonaban los clamores del rebato.

Todos los sentimientos que inspira el campaneó de nuestros templos son tanto mas bellos, en cuanto se mezcla con ellos un recuerdo del cielo, de caridad y de religion; desde la campanilla que agitaba un hombre por las calles de nuestras ciudades durante la noche que precedía á una fiesta, repitiendo estas palabras: *Despertaos los que dormís, y orad por los difuntos*; desde la campana de la solitaria aldea que toca la hora de retiro para advertir al viajero extraviado en las montañas y bosques vecinos, hasta la que se toca de noche en ciertos puertos de mar para dirigir al piloto al través de los escollos; todas las campanas se armonizan con la situacion en que nos hallamos, inspirando al alma ya la tristeza ó la alegría, ya la esperanza ó el terror religioso. ¿De qué nace tal misterio? De que las campanas son *esencialmente religiosas*; y si se colocasen en cualquier otro monumento diferente de nuestras iglesias, perderían toda su simpatía moral con nuestros corazones ¹.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber conservado en nuestras iglesias tantos y tantos recuerdos propios todos para

¹ Véase el *Genio del Cristianismo*, parte IV.

excitar nuestra piedad y robustecer nuestra fe; hacednos la gracia de que no seamos por mas tiempo sordos á todas las voces que predicán la virtud y vuestro amor.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *entraré en la iglesia con el mas profundo respeto.*